

PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO

LITERARIO, HUMORISTICO, JOCO-SERIO Y DE RECREO

TIENE EDITOR RESPONSABLE

CALLE OLIMAR Nº 6

SUSCRICION

Por un mes	\$ 0.50
Por 3 meses	" 1.50
Por 6 meses	" 2.50
Por 1 año	" 4.00
Número suelto	" 0.15

EL BROMISTA

Montevideo, Dic'bre. 14 de 1884

¡Oh... la vida! la vida!

¡Qué triste estoy lector! Qué triste estoy!... cerebro cansado, el alma enferma... de desengaños y de penas por este mundo caminando voy... al trote mis buenos amigos, y al oír, por que yo soy hombre que me paro en chiquitas; yo avanzo, siempre avanzo, por más triste desmantelado que se encuentre el espíritu; no es la bella mujer que me seduce con sus miradas de fuego, no es tampoco una voz que promete una esperanza a mi corto vivir, la que detiene la carrera del cerebro... es... pero demos eso para más tarde.

Vamos a parlotear un poco, vamos a filosofar, como hombres sentados; lector, sientate a mi lado, toma, conviértete en humo, ese cigarrillo de papel; examinemos fríamente nuestra vida, en general, el vivir Universal.

Empecemos.
—¿Qué es el hombre?... Un ser efímero, nacido en una mañana de dolor, para morir en una tarde de tristeza...

—¿Qué te parece lector, el hombre definido en dos palabras?... Ni Víctor Hugo, ese gran titán de la literatura Universal; ni Víctor Hugo, esa gloria viva de la Francia, es capaz de definir el hombre como lo he definido yo... en un ¡zas! ¡zas! como quien se toma un vaso de cerveza (y qué bien me sentaría ahora una buenísima copa!) Y sin embargo... y sin embargo, se me importa poco, muy poco la fuerza de mi cerebro, detesto la vida... ¡es tan corta!... la desprecio!...

—Despreciar tú la vida, tú que te encuentras en la aurora de ella, tú... a quien recién un renegrido boso empieza a sombrear los labios... ¡Es mentir! no lo dices con el corazón.

—No; no creas lector que mis palabras son vanas, no es el humo que disipa el viento, es la idea de un corazón austero...

—Ya, ya...

—¿Qué es la vida para querrela tanto? Es el corto día, es el límite indeciso entre la aurora y el ocaso, entre la mañana y la tarde.

—Dime escritorzuelo... ¿no tienes esperanzas?

—Yo las vi morir junto con mis ilusiones!

—¿Eres poeta?

—No... quizá, lo fuere algún día, pues tengo un cerebro ardiente, tengo un ideal...

—¿Y cuál es tu ideal? Dime, ¿cuál es?

(Se oyen unos golpes en la puerta de la calle)

Voy a ver quien es... y un hombre pequeño extraño se pre-

senta ante mi vista. Este es un espantador de estrallas, dije para mi capote.

—El señor Glauco el de la capa parda?

—Un servidor...

—Mister Pirkentlay el millonario, acaba de fallecer y deja a Vd. su cuantiosa fortuna, yo era su notario y...

—¿Si? ¿si? bueno, basta, no quiero saber más... lector, lector de todo mi cariño, soy millonario!... ¡ven hombre, ven! ¡qué haces ahí patitico! soy millonario, dame un abrazo... ¡oh la vida la vida!... ¡cuánto la aprecio!...

—¿Y eso cambió?... ¿cómo es eso? No ha mucho renegabas de ella, y ahora la deseas... es acaso el ideal de tu mente...

—Es lector, para dejarnos de parlotear el prepotente caballero Don Dinero.

¿No me conoces?

SR. DR. VICTORIANO MARTINEZ
Oficial 1º del Ministerio de J.C é Instⁿ Pública

UN CRITICO A LA VIOLETA

¿Quién será él? murmurarán entre dientes nuestros lectores al leer nuestro título.

Pero no se impacienten Vds. lectores que es un crítico de poco bulto, del cual se reirán los que lo conozcan, de buena gana; así que se lo nombremos.

Conocen Vds. el proyecto de periódico La Garra?

Pues, contengan la risa, ese es quien, bastante duramente nos critica nuestros grabados.

Ate Vd. cabos.

¡El colega de la fiebre perruna ó el Grajera de la prensa argentina poniendo peros a nuestras caricaturas!

Es hasta donde puede llevarse la insolencia y la estupidez de un

Director y Redactor en Jefe—
Pedro Rodríguez.

Redactor literario y colaborador
artístico—Federico Renom.

Redactor—Benjamín de la Hant.

Administrador—José Ameguin.

escritor de paja como el escribi-

dor de La Garra.

El suelto que este nos dedica en

su último número debe haber sido

escrito con los pies y en...

¿En donde?

En alguna parte, hombre, en al-

guna parte, pero, colega amigo;

¡ha hecho Vd. un vistazo por

casa antes de reparar en la agena?

Si es así, vamos por partes.

Dice Vd. entre otras lindas, que

en un grabado nuestro "figuran

un par de caballos sobre los cua-

les el dibujante debió escribir su

nombre de pilas, para hacer saber

que eran tales."

¿Con qué su nombre de pilas eh?

Más claro hubiera sido escribir

el nombre de los erredadores de La

Garra y todo quedaba terminado.

¡Sin embargo, Vd. amantísimo

colega, conoció que eran caballos?

¿Y cómo lo adivinó, pues no es

tontería?

Ya verá Vd. como el mejor ca-

zador se le vá la liebre; los tales

animales no eran caballos sino

burros, como... Vd. bien sabe.

Y ahora pasemos a otra cosa.

Su último grabado representa-

do a Rocha y a Lainez, Ancinos y

Tres Batatas y otros más ¡le pa-

rece a Vd. que está como Dios

manda?

Ha querido representar Vd. a

cada uno de estos últimos por un

perro, pero tal cosa no ha conse-

guído, por que aquello no es perro

ni cosa que se le parezca.

El que Vd. ha representado por

El Nacional tiene mil veces más

cara de gato que de perro, y de

los otros ¡uff! habría que decir la

mar y ponerle más peros que sus-

critores tiene La Pehuá quiero de-

cir, La Garra, pero; ¿a qué diablo

tanto trabajo por tan poca cosa?

Y es Vd. infeliz colega, quien

pretende emendarnos la plana y

criticar nuestras caricaturas?

Hombre, esto es riquísimo.

Que nos critique quien tenga

conciencia de ofrecer mejores gra-

bados que nosotros, santo y bueno,

pero que lo haga La Garra, que

en su fiebre perruna para un

mamarracho nuestro ofrece cin-

cuenta, es algo que no se compren-

da.

Sin embargo, bien dice el refrán:

Cosas veredes el Cid, que harán fa-

blar las pedras.

Pero no termina aquí aún.

La parte de lectura de La Garra

comprende tres secciones titu-

ladas: Mis imbecilidades (las del

citado periodicocho), Suelos a fondo

ó sin fondo, y Episodios Nacionales.

La primera es imposible saber

lo que dice por que no se puede

leer a causa de lo borrado que

viene el periodicocho, la segunda

después de haberla descifrado a

manera de geroglífico, devanán-

dose los sesos, se adivinan cuatro

tenteras sin pié, sin cabeza y...

la tercera es la peor de todas

porque aquello no solo no lo pre-

den leer los suscritores, sino que

tampoco lo lee su autor, pues

además de estar doblemente im-

preso, superpuestas unas letras a

otras, luce cuatro ó cinco manchó-

pes de tinta a guisa de lunares

que lo sientan como pedrada en

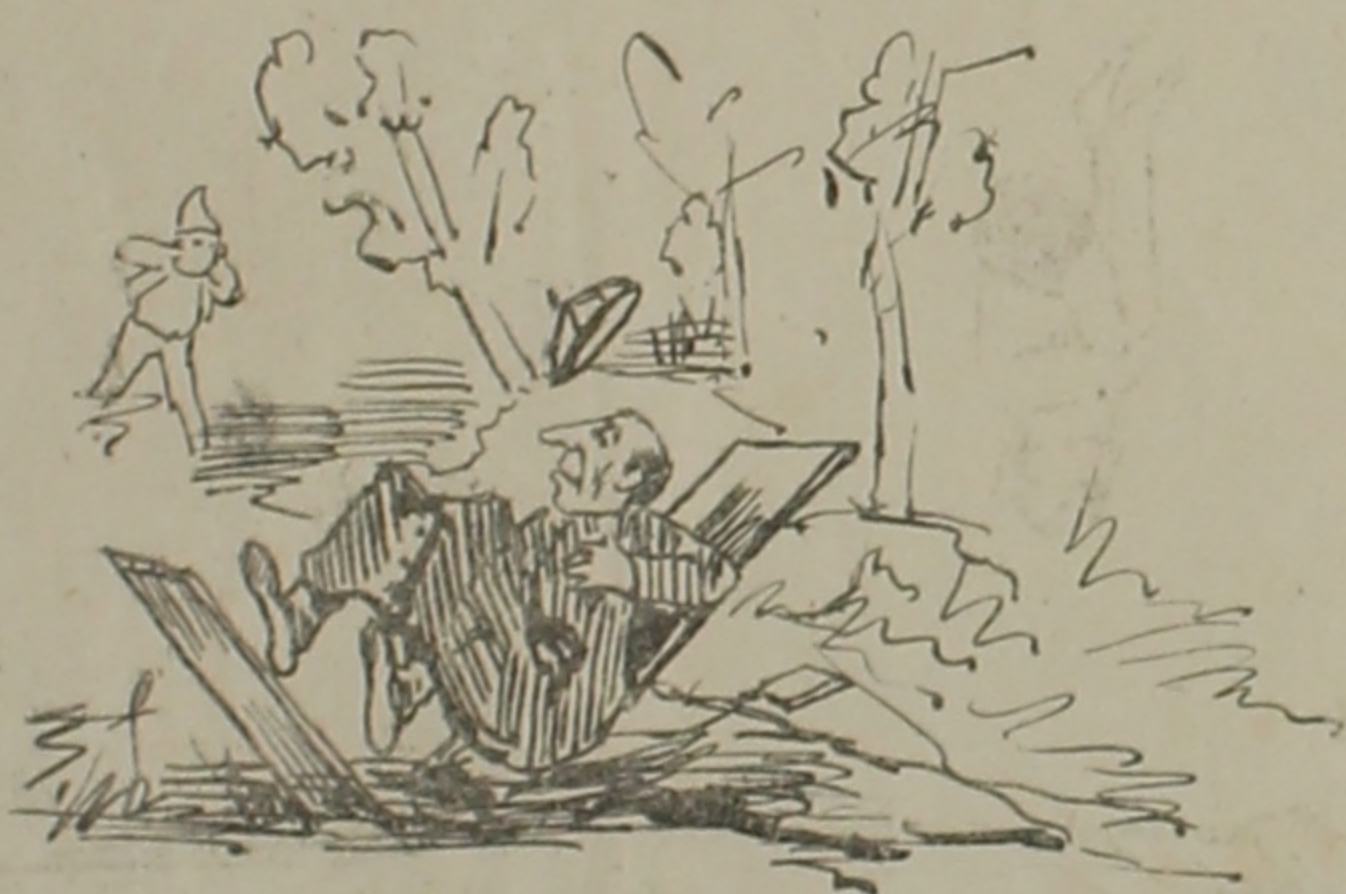
el ojo tuerto de Carmona.



Mientras me pierde de vista
La de la Calle diez y ocho,
Aqui me como el vizcocho
De mi segunda conquista.



Un rompimiento de platos
entre dos prometidos

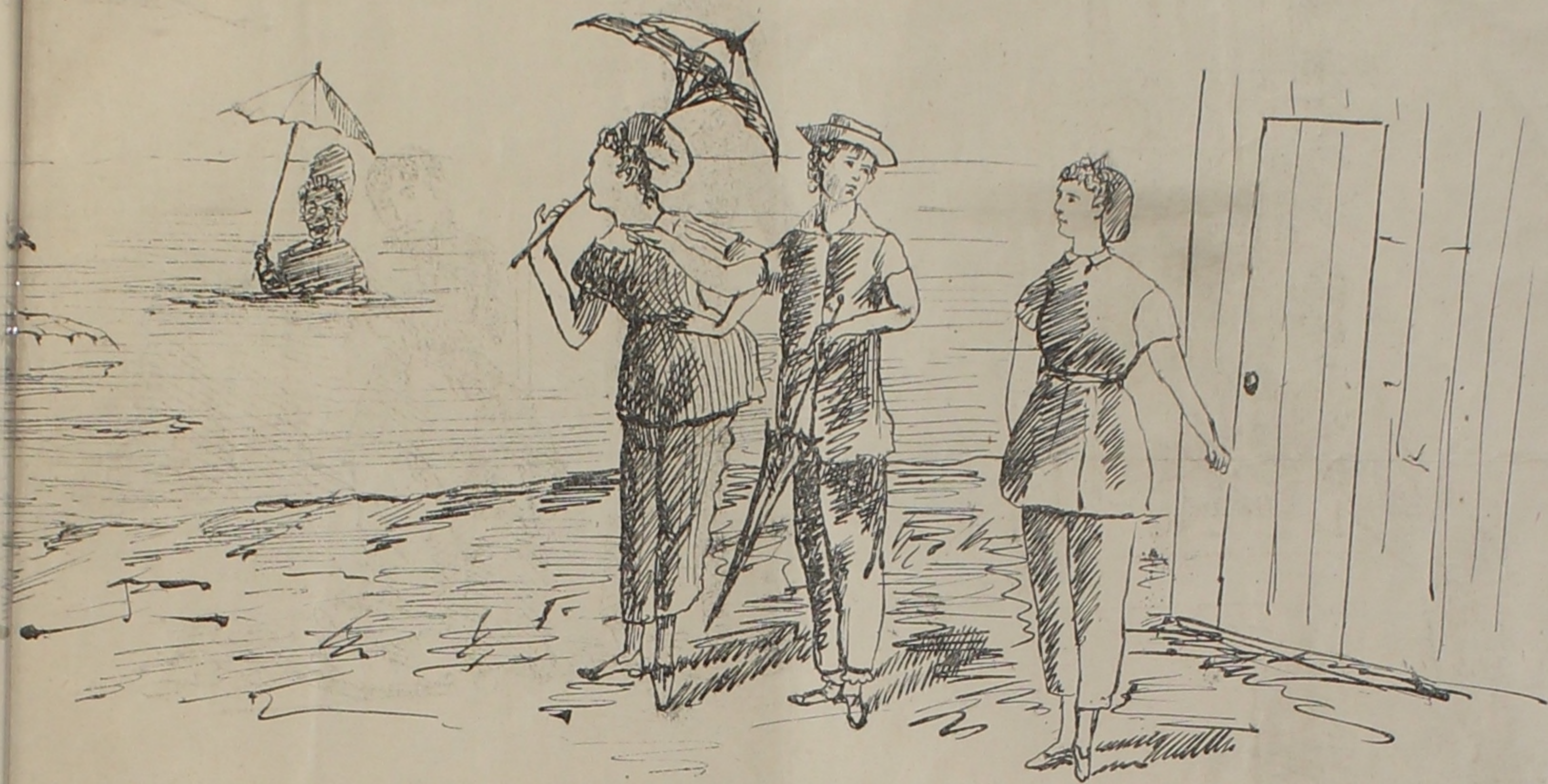


Es la primera ocasion
Que encuentro pez tan extraño,
O mucho, mucho me engaño
O es el vicho un tiburón



— Se puede hacer Centinela en esta garita?
— Aqui no hace Centinela mas que mi

CUADROS DE VERANO EN LOS POCITOS



Malona. — Los baños salobres me refrescan,
por mas pesada que me encuentre.

Polita. — Son los mas a proposito para equilibrar
las fuerzas, y vd. generalmente no guarda
bien el equilibrio.



En conclusión, *La Gerra* parece que estuviera impresa entre las suelas de dos zapatos ni más ni menos, y no en una máquina de impresión como lo manda el buen sentido.

Efecto de los nuevos inventos en el arte de Gutenberg!

En fin, para que los extraños puedan juzgar del crítico a la violeta que quiere empujarnos la plana, hemos resuelto pasear el número de *La Gerra* por todas las imprentas de la localidad, exhibirlo durante quince días en sitio público y luego enviarlo a la imprenta por donde vino la luz.

¡Te has lucido Sebastián!

Y ahora para terminar vamos a dar un consejo a *La Gerra* esperando no lo eche en saco roto; es mejor que el colega *perruno* meta violeta en bolsa y plegue los labios, porque no entiendo ni pizca de grabados y tiene de caricaturista lo que nosotros de amigos de Mittera, quien si lo fuera posible, nos hacía comulgar con ruedas de carreta.

Conque colega a risi-risi y si te quemas sóplate los dedos que tu sólo eres el culpable.

POESIA

LA PATRIA DE LAS ILUSIONES

Raudas volando van las ilusiones
las ilusiones que mi sér amó,
como las secas ojas que en Octubre
el viento arrebató

Al cielo van, que el cielo es su morada.
no del hombre el desierto corazón,
do solamente cabe la amargura,
pero la dicha, no

Avelina M. Cuenca.

MURAMOS

El sol en el zenit brilla un instante
y declina, declina sin parar;
el océano avanza y, rebramante,
retrocede al hervir la pleamar.

La niña angelical, sencilla y pura,
se convierte en espléndida mujer;
más los años deslucen su hermosura
y marchitan su fresco rosicler.

Al bienestar sucede la agonía,
tras el goce la pena ha de venir;
y el mundo recorriendo, hoy nos enfria
lo que ayer hizo nuestra sangre hervir.

Si es nuestra dicha del destino esclava
y el destino es subir para bajar;
si todo se consume y todo acaba
en el cielo, en la tierra y en el mar;

No retires tus labios encendidos,
no desates tu abrazo embriagador,
muramos, ¡ay! estrechamente unidos
antes que muera nuestra inmenso amor.

CANTARES

Miró con llanto en los ojos
el sepulcro de mi padre;
¡qué estrecho me parecía!
¡y mi corazón que grandel!

Que tienes conciencia dices...
podrá ser verdad, ¿y qué?
hueso tienen las crueldades
y a mi me saben muy bien.

CRONICA SEMANAL

SPORT—Como se sabe hoy tienen lugar las grandes carreras anunciadas en el circo Itzaingo.

La comisión directiva no ha omitido esfuerzo alguno a fin de que ellas tengan la mayor esplendor posible.

Con este motivo reina gran entusiasmo y son muchísimas las personas que han hecho valiosas apuestas y que se preparan a asistir.

El bromista apuesta desde ya, una botella de cognac de las que se consumen en la redacción de *La Tribuna Popular*, una sotana y un tomo de poesías de *Soy feliz*; al parejero... que gane la primer carrera.

A ver quien nos recoge el guante.

AFRITABIS—Dice nuestro estimado colega *El Clamor Público* de Minas:

CALMA, CALMA—Anteayer corrió el rumor de que el doctor Botana había intentado suicidarse, tomando para el efecto, no una dosis de arsénico, como supondrán nuestros lectores, sino botella y media de cognac. Decíase que la causa que lo había impulsado a tan funesta resolución era la pérdida de la amistad con que en días no lejanos estuvo unido a ciertas y determinadas personas que hoy le miran, sinó con odio a lo menos con desprecio.

Calma, más calma Dr. Botana y no olvide que el pago que se le ha dado es el que merece todo calumniador.

¿Quiere un consejo?—Siendo, soltero, como Vd. dice, aun está habilitado para vestir el sayal eclesiástico, a cuya carrera debía haberse dedicado desde niño, dada su dedicación a la superchería.

Acójale con cariño, que se lo da quien bien le quiere, de lo contrario, el día menos pensado tal vez le suceda algo parecido a lo que experimenta su compañero Balou.

¡Qué yunta la de Botana con el cañita de *La Tribuna*!

Por nuestra parte recomendamos al primero aproveche del consejo que no le pesará.

Abur doctor y que pase pronto la excitación nerviosa y la negra idea del suicidio, pues dará lugar a que se le tache de cobarde.

RETRATOS—*El Mosquito*, en su último número, trae dos buenos retratos de cuerpo entero representando al *Chiquito de Eibar* y Miguel Vega los grandes pelotistas que hoy absorben la atención de nuestros vecinos de Buenos Aires.

A propósito; hoy debe efectuarse en la Plaza Euskara de aquella ciudad, un importante partido entre Chiquito y Vega contra Paysandú y Arrizala.

Parece que la mayoría de las apuestas se inclinan del lado de Chiquito y Vega.—Allá veremos.

Pocitos—Los baños de Los Pocitos se ven diariamente concurridos por multitud de personas, que asisten a refrescarse en las cristalinas aguas de ese pintoresco paraje.

Lede como siempre incansable, deshaciéndose en atenciones y cumplimientos con los marchantes.

A causa de una indisposición de nuestro dibujante no nos ha sido posible como pensábamos hacerlo, obsequiar a nuestros lectores con algunos cuadros especiales; pero lo haremos para el número próximo.

Los que ofrecemos hoy son tomados a vuelo de pájaro y sin mayores detalles.

Noticia importante: En adelante los jueves y domingos concurrirá a los Pocitos una banda de música.

¡Qué delicioso debe ser, sumergirse en las tranquilas y limpias aguas del Plata, y después devorarse algunos de los succulentos platos que ofrece Lede, al son de un vals rapidísimo o de una melodiosa habanera!

ZARZUELA—Se está organizando una compañía de zarzuela, que cuenta ya con el concurso de los conocidos artista Sras. Cifuentes, Franco, Dupuy y Sres. Pastor, Gerner, Monti y otros.

Proximamente se anunciará el elenco de la compañía y su estreno.

Que sea cuanto antes.

PENSAMIENTOS—He aquí algunos relativos al bello sexo que nos envía un amigo de la tijera.

La mujer á los quince años es perla.

A los veinte coral, coral.

A los veinticinco, amatista.

A los treinta, brillante.

A los cuarenta, nácar.

A los cincuenta, arcilla.

De allí para arriba, roca pelada

La mujer á los quince años idolatra.

A los veinte, adora

A los veinticinco, ama.

A los treinta y cinco, estima.

A los cuarenta... toca el violon.

He aquí una nómina de las mujeres que disgustan:
La que prefiere el amor de un viejo majadero, al cariño de un joven inteligente y pobre.

La que se empolva mucho.

La que dice pestes del matrimonio... porque no hay quien la solicite.

La que se muere de amor por cualquiera.

La que está al corriente de la política y la que reparte su corazón entre muchos adoradores como si fuera pan bendito.

Un pastor muy hábil enseñaba un peine de humilde asta hecho por él con una toscana navaja, pero tan artísticamente labrado que admiraba a cuantos lo veían.

—Preciosa obra de arte, exclamaba un inteligente.

—Y decir que es de cuerno!

—Pues mire usted, dijo el artífice golpeándose la frente con orgullo, to lo eso ha saído de aquí.

En el Sud-América, diario de Buenos Aires, han aparecido algunos retratos, hechos a pluma, o bien sean forjados en el calostro del que dibuja los bocetos sobre las Bellezas Orientales. El autor de esa obra, talvez sin fijarse en las susceptibilidades que iba a herir, con el colorido de los cuadros que dibujaba, habrá dicho muy satisfecho, después de haber terminado el último, de un miembro de su familia: «Qué cuadros tan preciosos! ¡qué originalidad en su conjunto! y lo que es más original aún, el haber tenido una concepción de ideas tan felices!»

Las hermosas Orientales, que por lo general son bellas todas, no necesitan figurar en la galería especial del autor de las *Bellezas Orientales*, porque cada una de ellas tiene ya designado el lugar que le corresponde en la sociedad y entre los que son sus admiradores.

Es indudable que el cerebro del autor de las *Bellezas Orientales*, al escribir sobre un tema tan delicado, no se encontraba en muy buen estado, debido quizá a los temores del cólera; pero á juzgar por los consejos que le ha dado *Medor* en *La Razón*, entendemos que el famoso *Fúdor*, guardará sus paletas y pinceles para no quedar tan en ridículo como en esta ocasión.

¡Te has lucido Perico!

LA PIEDRA DE TOQUE

ESCENAS DE LA VIDA

(Continuación)

—No me interrumpas! Almorzabas con nosotros cuando que-
rias.

—Querido Venancio!

—Comías cuando te daba la gana y eras considerado como al
fuera de la familia. ¡Qué digo! Como si fueras otro yo. Ahora
que ha muerto Lola, ya no te acuerdas ni haces caso de mí. Lue-
go, la amistad que fingías, el afecto que mostrabas tener, no era
por mí, sino por mi esposa.

—¿Qué estás diciendo? Eso es pensar mal.

—Piensa mal y acertará.

—No! Y si la causa de tan injusta sospecha es que no te ha-
yamos invitado a comer, ven mañana y tendremos un gran pla-
cer en que nos acompañes a la mesa.

—No, Angel! No es mi estómago el que está más resentido,

sino mi corazón.

—Injustamente y al menos no comprendo la causa.

—¿Con que no? ¿Con que no recuerdas que estamos a 16 de
Agosto y que hoy es el día de mi cumpleaños.

—¿Pues no lo he de recordar...!

La verdad es que Angel en lo que menos pensaba era en el
cumpleaños de su amigo, ni en cualquiera otra ocasión le hu-
biera importado un ardite que el otro lo recordase o no, pero en
esta circunstancia, no muy limpia con respecto al pasado le ha-
cia desconfiar y temer del presente, creyendo fantasmas, que,
en verdad, no eran tan aterradores como él se figuraba, pero
que hasta cierto punto podían comprometer la inefable dicha
y venturosa calma en que se proponía y deseaba vivir. Así es
que, tratando de disipar su olvido, presentó la primera excu-
sa que se le vino a la imaginación, por mas que fuese también
la menos verosímil.

Queriendo persuadir de que no le había olvidado, dijo:

—¿Tú piensas que no me he acordado de que hoy era tu cum-
pleaños? Pues te engañas.

Ya sabes que en semejante día llamamos otras veces al teatro.
Hoy he mandado por un palco al Circo de Price y lo voy a po-
ner a tu disposición.

Y acercándose al cordón de la campanilla, tiró de él.

Tomás se presentó Angel le dijo:

—¿Qué en-argo te he dado hoy para la noche?

—Me ha encargado Vd. que le tomase un palco en el Circo
de caballos.

—¿Y dónde está?

—Aquí, señorito.

Y Tomás le presentó el palco y las entradas.

—Dame y vete—exclamó su amo con cierto aire de triunfo,
por haber salido inmensamente del apuro.

Apenas se marchó el criado, añadió dirigiéndose a Venancio.
—Lo ves increíble? ¡Toma y convéncete!

—Si ya veo que me quejaba de vino. Perdóname. ¡Ay!

—¿Qué es eso?

—Este endiablado reumatismo, que no me deja ni un ins-
tante de sosiego. Ahora tengo un dolor en la espalda que me
hace ver las estrellas.

—¿Cuanto lo siento! ¿Quieres que llamemos al médico?

—No, pero si tú fueses tan amable como otras veces.....

—¿Qué?

—Nada.....que te rogaria me dieras unas friegas.....

—Bien, hombre!.....

Y efectivamente, empezó a pasarle la mano por la espalda,
no sin considerar momentáneamente el ridículo papel que hacía.

En lo más fuerte de la operación, presentáronse a la vez y
por distintas puertas, Rosa y sus padres.

Angel no se habría avergozado más de que le cogieran
infraganti robando un reloj.

—¿Qué es eso?—preguntó don Antonio sorprendido.

—¿Qué estás haciendo, yerno?—preguntó don Homobono.—
—No era mejor que hubieses tomado un cepillo y sin cansarte
tanto podías dejarle más limpio?

Venancio fué el primero en usar de la palabra, al ver la con-
fusión de su pobre amigo, y dirigiéndose a las señoras, que
realmente mostraban en sus semblantes no poca admiración,
les dijo:

—El bueno de Angel me acaba de hacer un obsequio; me ha
dado este palco para el Circo de Price....

Nueva extrañeza y nuevo asombro se dibujaron en la fisono-
mia de las señoras.

Venancio prosiguió.

—Yo, sin embargo, no puedo aceptar este presente por la
irreparable pérdida que acabo de sufrir, y por lo tanto, tendré
un placer en que sean ustedes los que disfruten de esa función,
a la cual mi reciente estado de viudez no me permite asistir.

Y puso en manos de don Antonio los cartones que había re-
cibido de Angel, añadiendo:

—Para mostrarme agradecido a la intención que de obse-
quiar me has hecho, voy a comprarle unos versos capitánicos.
Como de músicos y poetas dice el refrán que todos tenemos un
poeta, yo suelo también invocar a las musas, y con diez minutos
que está a solas....

—Entra en mi despacho y allí encontrarás un libro,—le dijo
Angel, a quien ya le iba pareciendo la estúpida la situación.

Cuando éste quedó a solas con don Homobono y las dos mu-
jeres, ellas, y muy particularmente la suegra, dieron libre desah
lago a la estupefacción que les había causado lo que acababan
de ver.

Don Antonio rompió el fuego diciendo:

—¿Cómo se entiende! ¡Regálale el palco que estaba destina-
do para nosotros y con el cual contábamos para obsequiar a la
señora de don Marcos!

Y Rosa preguntó a su vez.

—¿Pero qué significaban las friegas que le estabas dando en las
espaldas?

—Yo te diré, querida esposa.

Venancio padecía de reumatismo, y habiéndole atacado hace
poco un fuerte dolor, me suplicó....

—¡Basta!—prosiguió la suegra.—Ya sabes que a tu mujer y a
mí no nos es simpático sea hombre. Por consiguiente, es una
sarta que le despidas de manera que comprenda que no debe
volver a poner los pies en esta casa.

—Pero, mi querida señora don Antonio, eso que V. me dice
es imposible.

—¿Por qué? ¿Le tienes miedo?

—No.

—¿Le debes algo?

—No.

—Pues siendo así, no veo la dificultad.

Durante la última réplica de su suegra, Angel había tenido
una súbita inspiración. Una idea para y acaso atrevida acababa
de pasar por su mente. Apoderándose de ella y empujando la ti-
nómica a lo que iba a decir, tomó una mano a Rosa y otra a la
vieja y adelantándose con algo melódramático, exclamó:

—¿Dices ustedes que sólo debo algo a Venancio, no es verdad?
Pues bien, se lo debo todo.

—¿Qué quieres dar a entender?

—¡Habla!

(Continuación)